



“Dichosos los pobres en el espíritu”

Primera lectura

Comienzo de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1, 1-7

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por designio de Dios, y el hermano Timoteo, a la Iglesia de Dios que está en Corinto y a todos los santos que residen en toda Acaya: os deseamos la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios. Si los sufrimientos de Cristo rebotan sobre nosotros, gracias a Cristo rebosa en proporción nuestro ánimo. Si nos toca luchar, es para vuestro aliento y salvación; si recibimos aliento, es para comunicaros un aliento con el que podáis aguantar los mismos sufrimientos que padecemos nosotros. Nos dais firmes motivos de esperanza, pues sabemos que si sois compañeros en el sufrir, también lo sois en el buen ánimo.

Salmo

Sal 33,2-3.4-5.6-7.8-9 R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R/.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha y lo salva de sus angustias. R/.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5,1-12

Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Comprendéis que en unas líneas no se puede desarrollar cada una de las bienaventuranzas. Creo que lo que corresponde a una primera reflexión sobre las bienaventuranzas es entender y aceptar que son un programa de felicidad, no unos preceptos que se imponen por imperativo legal. Jesús quiere y propone un modo de ser felices. Ya en este mundo. Con una felicidad humana, no con la felicidad del animal ni con una felicidad angélica. Es felicidad siempre imperfecta, como el propio ser humano, que la busca en el desarrollo de lo más noble y definitorio de la condición humana. No puede ser la felicidad del león que devora la presa. Por eso exaltará el ser frente al tener, la mansedumbre frente a la violencia, la sensibilidad al dolor frente la indiferencia o la ilusión de que el dolor no nos pertenece. Fiará la

felicidad en la paz, no en la victoria, en la misericordia no en la dureza de corazón; en desear acercarse a ser uno lo que es -hambre de justicia-, en la transparencia de corazón, limpieza, no en el corazón retorcido, oscurecido por recelos hacia los demás. En fin, aunque parezca paradójico, en comprometer la vida por la causa justa, aunque ello arrastre persecución. Lo demás será buscar la felicidad en lo que no nos hace ser lo que somos; felicidad, por lo tanto inhumana.

Las bienaventuranzas son el retrato de Jesús, cuya vida conjuga la satisfacción y el dolor, o el dolor con sentido Como el que exige el ministerio apostólico, e incluso ser simplemente cristiano, según dice Pablo en la primera lectura. Para ello necesitamos el aliento que Dios nos da a través de saber y querer alentarnos unos a otros, como hace Pablo. Siempre con la esperanza de que acomodar nuestra vida a la de Jesús, el retratado en las bienaventuranzas, nos aporta felicidad honda y profunda que inicia y anuncia la felicidad definitiva.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)